

## Producir o Distribuir

Se escribe este editorial el día en que el asalto a Ceuta y Melilla por parte de centenares de ciudadanos de origen subsahariano ha dejado entre ellos ocho víctimas mortales. También, cuando la Cumbre de la ONU, que se acaba de celebrar del 14 al 16 de septiembre en Nueva York, ha sido incapaz por la racanería de los países ricos, de forma especial EE.UU., de concretar un plan que haga efectivo el compromiso adquirido de acabar con la pobreza extrema en el mundo para el año 2015, según el Compromiso del Milenio acordado en el 2000 en la misma ONU. Sí, en cambio, se ha vuelto a defender que la solución definitiva a la pobreza es que los países que la sufren se integren cuanto antes en la globalizada economía de mercado.

Tampoco en la Cumbre se pudo avanzar en el compromiso de reducir los agentes que inducen el cambio climático, ni en el desarme de todas las naciones, incluido el armamento nuclear, controlado por organismos internacionales, ni siquiera en la definición de terrorismo y sus clases y en la identificación de sus causas para mejor combatirlo.



“Los rencores y juegos políticos entre los líderes mundiales han transformado la cumbre de la ONU en una ocasión perdida para la erradicación de la pobreza en el mundo” afirma Duncan MacLaren, secretario general de Cáritas Internacional, en su juicio sobre esta Cumbre de la ONU, y termina: “¿Qué mensaje podemos transmitir a millones de pobres que albergaban grandes esperanzas en este encuentro? ¿Qué efecto puede provocar en los desposeídos esta actitud de *laissez faire*? **Ahora tendrán más motivos para descargar su violencia en un mundo que los ignora**”

Quedan, pues, las cosas como estaban. El mercado campando por sus respetos en su exponencial búsqueda de riqueza, como dueño y señor indiscutible a quien ni pueden ni deben ponerse trabas; la naturaleza, asediada, herida y con serios síntomas de agotamiento; la lucha entre naciones y corporaciones por hacerse con nuevas cotas de mercado, en aumento (Cómo se tiembla en el mundo ante, por ejemplo, la competitividad de China); el armamentismo, en auge; las guerras (y los odios) que no cesan, poniendo en un brete a la misma potencia hegemónica (entiéndase Irak); la brecha entre pobres y ricos, ya se trate de personas, pueblos, naciones o continentes, sin reducirse; la investigación farmacéutica buscando el máximo valor añadido (¡bello eufemismo para hablar de ganancia!) en las enfermedades del mundo rico, sin que les remuerda la conciencia la persistencia de enfermedades endémicas en los países pobres que podrían (y deberían) fácilmente curarse; en fin, **la justicia, madre y nodriza de la paz, sin aparecer en el horizonte.**

En esta situación, cuando sus consecuencias negativas caen sobre los pobres hasta resultarles imposible la vida, lo extraño es que sean unos miles y no millones y millones los que se abalancen sobre nuestras fronteras (las nuestras o las de cualquier otro de los países ricos) **¿Puede haber algo más lógico que el que estos jóvenes, anhelantes de vida y pletóricos de ilusiones, huyendo de la pobreza y el hambre que los mata, arrostran con valentía toda clase de peligros, incluido el de la muerte, antes que dejarse morir sin intentar seguir viviendo?**

La verdad es que la situación de los países pobres junto a la ostentosa vida de lujo y despilfarro de los ricos pone en cuestión el concepto mismo de humanidad, es decir, la idea y el convencimiento de la igual dignidad de todas las personas de la especie humana. Un concepto moral de esta categoría que no se concreta en hechos constatables es una detestable ideología hipócrita que oculta en la práctica un darwinismo social e histórico donde los pobres y los débiles están y han estado destinados o a la desaparición, o al sometimiento o, mediante su explotación, a servir de pedestal para la gloria de los ricos y poderosos.

Sin embargo, lo que hoy hace execrable y escandalosa esta situación es que es consentida y querida por quienes detentan el poder. (Y en estos detentadores de poder hemos de incluirnos nosotros, los ciudadanos de los países ricos que no estamos dispuestos ni siquiera a moderar nuestro privilegiado modo de vida, que apoyamos gobiernos sin voluntad de acometer las reformas políticas, económicas y sociales necesarias para acabar con la pobreza y que aceptamos sin más como inevitable el sistema económico vigente que en la búsqueda de la optimización del beneficio y la ganancia propia va causando la desigualdad y pobreza de los débiles.)

Hace ya décadas que los economistas (entre otros nuestro Rodríguez Sanpedro) y los expertos certifican que es perfecta-

mente viable acabar con la pobreza porque hoy, con la ciencia y la técnica que poseemos, se dispone (y puede disponerse en el futuro) de suficientes bienes para cubrir las necesidades *humanas* de todos.

No seamos hipócritas. **El problema no es de producción sino de distribución. O, si lo queremos más detallado, es necesario, en función de la igual dignidad de todos, plantearse qué hemos de producir, cómo producirlo, dónde producirlo y con qué medios, quién lo produce y para quién y, por encima de todo, cómo llega a todos lo que cada uno necesita**, en cualquier parte del mundo en que resida.

Y esto exige la participación solidaria de todos para traducir en programa los pasos apuntados. No es el tiempo ahora de que nosotros dibujemos un sistema político-económico distinto del actual (que sí lo vamos haciendo a lo largo de nuestra revista y nuestras publicaciones). Bástenos ahora afirmar con contundencia que el sistema vigente está deslegitimado, pues habiendo gozado de todos los privilegios y libertades (muy especialmente en las últimas décadas) no solo no ha solucionado la pobreza del mundo sino que la ha aumentado, llevando a la desesperación y a la desesperanza a continentes enteros.

De todas maneras, creemos también que **antes que económico el problema de la pobreza y la desigualdad es moral y político**, de conciencia y de organización social. Hay que convertir a la economía de déspota en sierva. Acabar con el dogmatismo de los principios de la economía liberal-capitalista vigente. Es la sociedad la que debe decidir qué clase de economía necesita y quiere, y no la economía la que férreamente estructure la sociedad.

El economicismo es una trampa en la que con frecuencia caen hasta gentes bien intencionadas. Desde hace años luchamos contra ella. Por eso reproducimos a continuación un viejo editorial que creemos en

estos momentos de vigente actualidad y que amplía y profundiza lo que pensamos sobre el lugar que debe ocupar la economía en la sociedad.

### **La trampa**

#### **Editorial de “Cultura para la Esperanza” Nº 24 (año 1996)**

El paro, el despido, la privatización de empresas, el crecimiento o el estancamiento económico, el déficit del Estado, la deuda pública, la fiscalidad, los salarios, la inflación, la financiación autonómica y municipal, la subida o bajada de impuestos, los precios, las pensiones, la corrupción y los escándalos económicos y financieros, el precio del dinero, las inexorables leyes del mercado, la globalización de la economía, la convergencia con Maastricht, la moneda única, los ajustes monetarios, la optimización del uso de la energía y las materias primas, etc. etc. Esta larga, aunque no exhaustiva, lista de temas que aparecen constantemente en los medios de comunicación social y en las declaraciones de los políticos y de todos los llamados agentes sociales, nos evidencian hasta qué punto las cuestiones económicas y las con ellas relacionadas preocupan en nuestro país y en el mundo entero. La economía es el tema estrella en nuestra sociedad.

No seremos nosotros, que tanto relieve le damos en nuestra revista y en nuestras publicaciones, quienes la rebajemos de categoría.

En efecto. Si por economía entendemos el arte o la técnica de producir y distribuir los bienes necesarios y suficientes para que todas las personas vivan con dignidad, ¿qué duda cabe de que la economía tiene una importancia básica en toda justa ordenación de la sociedad?.

Y nunca como hoy sería de agradecer una buena técnica de producción o distribución de bienes. Hoy, cuando un tercio de la población mundial pasa hambre, cuando la diferencia entre naciones y continentes es

abismal, cuando el trabajo como medio de subsistencia se vuelve imposible, cuando la acumulación en pocas manos del poder económico –y, por ende, del político y aun del militar– es infinita, cuando por añadidura la sed de consumo se ha exacerbado hasta límites sin límite.

Porque la existencia de los hechos apuntados, y de otros muchos que están en la mente y en la preocupación de todos, manifiestan que **las técnicas económicas al uso no han funcionado adecuadamente, puesto que no han logrado producir ni distribuir para todos.**

Llama verdaderamente la atención la tozudez con que, como si con ellos no fuera la cosa, insisten muchos en las mismas recetas que hasta el presente no han sido eficaces; eso sí, lamentando la inevitable desgracia de las víctimas de tales remedios. (Casi -Dios nos libre- nos caen mejor los que afirman que, según sus altos y profundos estudios, lo que en realidad sucede es que sobran personas en el mundo.) Lo que nos extraña siempre es que no tiren la toalla, o, al menos, pidan ayuda a otras ciencias o a otras instancias.

**Pues aquí está el riesgo, el peligro y la trampa de la economía: se absolutiza como ciencia cual si fuese ella sola capaz de solucionar los problemas que se le plantean.**

**La economía –entendemos nosotros– es más arte y técnica que ciencia. Y una buena técnica económica ha de estar supeditada a otros conjuntos de ciencias y realidades.** Por abajo, por los cimientos, a todas las disciplinas que se mueven en torno a la hoy llamada “ecología”, y que abarca prácticamente al conjunto de las ciencias naturales, a la física, a la química, la biología, etc. La economía no puede ignorar ni destruir la casa en que habitamos –la naturaleza– ni dejarla dañada o hipotecada para nuestros herederos. Por arriba, por los fines a cuyo servicio debe estar, a las ciencias nucleadas en

torno a la “antropología” (psicología, ética, moral, religión, sociología, etc.). ¿Cómo va a servir al hombre una ciencia que no sabe quién es ni qué es éste?.

Cuando la economía parte de que en el manejo de toda clase de bienes lo que hay que buscar es la mayor creación posible de “riqueza” mediante la maximización del “beneficio” individual o grupal a través de una “competencia” sin límites, lo que está admitiendo es que el hombre es un “depredador” insaciable (riqueza sin límite) de la naturaleza, un ser insolidario (beneficio individual o de grupo) y un enemigo para sus semejantes (competitividad). En definitiva, está proclamando que la persona humana se mueve únicamente a impulsos del afán ilimitado de poseer y de dominar. Y lo que desde esos presupuestos hace la economía es iluminar el camino para satisfacer tales impulsos; incluyendo en el de dominar la esclavización o la muerte de sus semejantes y en el de poseer la destrucción uniformemente acelerada de los recursos naturales.

Y como consecuencia de todo esto, se ha “economizado” y “monetarizado” toda actividad humana volviendo la vida de las personas enormemente dura, cruel y desesperanzada.

Y no negamos nosotros que no sean fuertes en el hombre las tendencias a poseer y dominar. Lo que afirmamos es que basar en ellas la economía es destructivo. Y que tales tendencias deben ser corregidas con otras cualidades y virtudes que también se pueden dar en los humanos, como la austeridad, la solidaridad, el espíritu contemplativo y no depredador, etc. Pero tales virtudes ya no pueden ser fruto de unas determinadas técnicas económicas; pues cuando se han tra-

tado de implantar estas virtudes con técnicas de economía estatalista se ha agravado la situación al fomentarse de hecho la irresponsabilidad y no la virtud. La austeridad, la solidaridad, el espíritu de justicia, etc. sólo pueden ser fruto de unas convicciones éticas y morales y de un sentido trascendente de la vida; es decir, hijas de una nueva cultura distinta de la economicista.

A la economía, por tanto, hay que salvarla desde fuera de la economía, desde una cultura, repetimos, de la solidaridad, de la justicia y del servicio mutuo. Hoy, más importante que buscar recetas económicas es dedicarse a crear esa cultura.

Pero, eso sí. Nadie puede crear esa cultura mientras disfruta de la actual economía depredadora, como les ocurrirá a buena parte de los que este escrito lean. Quien quiera ir por este nuevo camino, conviértase primero, y mucho mejor en grupo, a la austeridad y, si preciso fuera -que lo será-, a la pobreza. Y desde ahí desenmascare la corrupción de la avaricia y del poder, tanto individual como de grupo o institucional, y vaya creando núcleos que vivan libres de tales cadenas. Así podrá llegar un día en que la economía se subordine a la ética y el hombre viva libre, no dominado por la “necesidad” y la “angustia” de la subsistencia diaria, libre de la trampa del miope economicismo.

